

MIRET MAGDALENA

UNA TEOLOGIA COMPROMETIDA

Hay católicos —no es ningún secreto— que, en su actitud, se encuentran religiosamente más avanzados que los propios protestantes.

Basta leer cualquier libro católico postconciliar, sobre todo de los publicados en Norteamérica, para percatarse de ello.

Hay en estos ensayos un balbuceo acerca de la religión que se parece mucho a aquella expresión que sobre Dios empleaba el Papa San Gregorio Magno: «Balbuciendo como podemos, es como únicamente lo excelso de Dios resuena en nosotros» (A. D. Sertillanges, O. P.: *Santo Tomás de Aquino*, tomo I, pág. 201). Nuestro lenguaje es pobre, demasiado pobre e inadecuado, para hablar de lo que hoy sentimos religiosamente los hombres y mujeres de este último tercio del siglo XX, y ésa es una parte importante de la tensión entre avanzados y retrógrados en la Iglesia.

Karl Barth —el más profundo teólogo del protestantismo actual— hizo esfuerzos, hasta el día de su muerte —el 9 de Diciembre—, para expresar este anhelo de adaptación, sin llegar a sentirse nunca satisfecho.

El homenaje que católicos y protestantes le han dedicado fuera de nuestras fronteras podía haberle dejado contento, por ser el reconocimiento de ese esfuerzo, que es lo único que se puede hacer en teología, de razonar comprometiéndose.

Cuando hoy —católicos y protestantes— se proponen adaptar el cristianismo a los nuevos moldes del mundo, deben recordar que este «fanático» de la palabra, que fue Karl Barth, nunca pretendió decir la última palabra. Sobre todo, conviene recordarlo a la hora en que muchos católicos y no católicos ven parte de las doctrinas sutiles del gran teólogo desfasadas de nuestras inquietudes vitales.

En nuestra patria se le han dedicado algunos —pocos— artículos. Pero, desgraciadamente, no todos acertados, a pesar de la buena voluntad que demuestran.

Karl Barth es de tradición calvinista, como todo el protestantismo suizo en general —y él era en esto suizo de pura cepa—. Nunca fue fundamentalista —éste es el nombre que recibe el integrismo ultraconservador en el protestantismo—; ni se encontraba tan alejado del catolicismo, como demostró el teólogo católico Hans Küng en su tesis doctoral sobre la justificación, y como se ve claramente en su última evolución ecuménica, implícita en su obra dogmática más importante.

Karl Barth «manifestó una asombrosa apertura hacia el agglomeramiento de la Iglesia católica, durante el Concilio Vaticano II, exhortando a las Iglesias de la Reforma a no dejarse sobrepasar en sus esfuerzos renovadores», acaba de afirmar un testigo de excepción: el pastor Carson Blake, secretario general del Consejo Ecuménico de Iglesias. Porque el teólogo protestante —el más importante, sin duda, tras Lutero y Calvino— quería que las Iglesias reformadas se mirasen en el ejemplo del catolicismo conciliar y postconciliar. Y para nada contaba en él el conservadurismo religioso, porque —como dijo también Carson Blake— «supo demostrar a los católicos y a los protestantes que la vieja generación podía también apreciar plenamente lo que es nuevo».

El antiguo pastor calvinista de Ginebra, profesor luego en Basilea, «Karl Barth, ha seguido siempre su propio camino dogmático: una vía media entre los callejones sin salida del neoprottestantismo y el catolicismo», dice el teólogo católico Hans Küng en su libro *La Justificación*.

Su diálogo, agrio hace años con el catolicismo, se hizo cada vez más comprensivo, incluso asistió en Roma al Congreso Internacional de Teología católica, y Pablo VI le recibió personalmente.

Los cinco teólogos católicos que mejor le han comprendido han sido: Y. Congar, O. P.; J. Hamer, O. P.; Hans Urs von Balthasar; Bouillard, S. J., y Hans Küng, habiendo escrito, los cuatro últimos, obras dedicadas al estudio de Barth. Pero los más decisivos han sido Balthasar y Küng.

Su importancia, en el actual protestantismo, ha sido decisiva. El P. Rouquette, S. J., dice de él: «En Francia, que el protestan-

tismo es originariamente calvinista (el luteranismo no existe más que en Alsacia y Montbelliard)..., el barthismo es el movimiento que ha sabido conquistar, casi sin excepciones, a toda la nueva generación de pastores».

Su obra más importante fue la *Dogmática Eclesial* —en doce tomos—, y uno de sus trabajos más concentrados, el comentario al catecismo de Calvino, publicado en 1946 con el nombre de *La Confesión de Fe de l'Eglise*. Pero ninguno tan vital como su *Proclamación del Evangelio*, que debía ser el libro que, en toda mesilla de noche, debían tener sobre todo los sacerdotes con inquietud por renovar esa pésima predicación que hoy tanto se usa todavía en iglesias católicas. Para Barth, el sermón debe partir de los problemas reales de los hombres y mujeres a quienes se les predica. El predicador debe vivir la realidad de los creyentes que asisten todavía —aunque cada vez menos— a la iglesia. Debe convivir con ellos y no soltarnos un resumen teórico, con un lenguaje medieval, o con comparaciones —como se oye frecuentemente— sacadas de la apacible vida rural de hace doscientos años.

Y se debe ser valiente al predicar —no olvidando hoy que los seglares somos predicadores también desde el periódico o la cátedra— y «poner al desnudo la situación del hombre...», expresándose libremente. Si los que asisten a los oficios religiosos viven bajo el poder del hambre físico, del egoísmo espiritual o de la violencia de una sociedad opresora, hay que desnudar esta realidad, «para ponerla ante Dios», y verla —por tanto— a la luz del amor, porque Dios es el amor. Y «el predicador que ame a su comunidad debe hacerse un cuerpo con ella», debe «ponerse a su nivel y no hacerse nunca el sabio del pueblo o el mago de aldeas». «Tampoco se trata —como hacían algunos predicadores, de moda en otros tiempos— de servir a una clientela», sino de servir de «un texto bíblico que les concierne directamente» a los hombres y mujeres concretos que tiene delante.

No hay que convertirse nunca en un funcionario de iglesia, administrador de unos sacramentos, expresados a veces en una ceremonia semi-mágica, sino unirlos a esta valiente palabra, comprometida con lo real.

Por eso no tuvo inconveniente Barth, por tener estas ideas, en oponerse al nazismo y suscitar la Iglesia confesante alemana contra la Iglesia evangélica promovida por Hitler.

El Cardenal Martín —miembro del Secretariado para la Unión— le compara con el Cardenal Bea, también recién fallecido, y dice de ellos: «Por la apertura de sus espíritus —el de Barth y el de Bea—, por sus reflexiones teológicas, por su ciencia y su cuidado en interpretar con justeza las Sagradas Escrituras, ejercieron estas dos elevadas personalidades un fuerte influjo sobre el desarrollo del espíritu ecuménico».

Algunos le tenían por cripto-católico, cosa manifiestamente exagerada, porque nunca fue un católico oculto o sin saberlo. Pero, a la hora de definir su última postura, existente ya en él implícitamente hace ya bastantes años, nos encontramos en un mar de confusiones.

Si se habla de lo más querido al protestantismo, que la justificación religiosa del hombre es por la fe, el católico Hans Küng se encarga de demostrar que su doctrina —la de Barth—, bien entendida, dice lo mismo, con otro lenguaje, que lo que dijo el tan criticado Concilio de Trento. Porque la fe bíblica —la única que justifica— es entrega, en el amor, a lo que es y representa Cristo, y no una fría adhesión intelectual sin compromiso.

Si se pretende subrayar el efecto predominante de la gracia, del don gratuito de Dios, doctrina básica del protestantismo clásico, nos encontramos con que el teólogo católico H. U. von Balthasar piensa que no hay una dicotomía tan clara entre protestantes y católicos (ver J. de Senarclens en *Héritiers de la Reforme*).

Vemos así que, aun sin forzar las cosas, el católico ha dado un avance tan grande que ha entendido perfectamente lo que de positivo dijo en muchas cosas el protestantismo, y Barth ha hecho igual con el catolicismo, en sus últimos años sobre todo.